

VALENTIN PAZ-ANDRADE

PERSPECTIVA CONJUNTA
DE LA
ECONOMIA DE GALICIA

Publicado en
INFORMACION COMERCIAL ESPAÑOLA
Núm. 354, Febrero 1963.

Deposito legal: M. Esp. 3740-1923

Imp. Juan Pérez 3-MADRID

PERSPECTIVA CONJUNTA DE LA ECONOMIA DE GALICIA

Por VALENTIN PAZ-ANDRADE

INTRODUCCION

La realidad y el tópic.

Para denunciar la realidad económica de Galicia y su insatisfactorio nivel de desarrollo, está de moda un viejo tópic. Viene trasgándose de generación en generación, como si se llevara en la sangre. Con él se califica a Galicia como región rica, que vive pobremente. O sea, rica de cierta riqueza congelada, pues ni siquiera permite vivir con desahogo al pueblo que la custodia.

Alguna vez, la frase parece tener ribetes de recriminación. Suen a modo de reproche salpicado sobre la conducta del país. Como si éste fuera responsable de no haber llegado aún a la época del deshielo. Como si fuera autor y no víctima, más o menos inocente, de la situación denunciada.

Pero se trata apenas de un diagnóstico de urgencia, más destinado a eludir que a propiciar penetrantes escrutinios. Al igual que otras acuñaciones triviales de circulación corriente, ésta también resbala sobre la epidermis del tema.

No por tratarse de una fórmula simplista, deja de recoger en sus términos algo más que el gusto por la paradoja. Al mismo tiempo queda esbozado el contraste entre la realidad potencial y la realidad histórico-social, entre el grado de desenvolvimiento viable y el grado de desenvolvimiento efectivo.

En Galicia, se ha dicho en otra ocasión, sólo la Naturaleza ha puesto el ramo a su obra. El hombre, no. El hombre, mediatizado a través de los siglos por azares imprósperos, viene dejando la suya a medio hacer. Nos referimos al hombre como estructurador de la producción social.



VALENTIN PAZ-ANDRADE

Visto por Laxeiro

Precisamente porque se trata de una lección sabida, no debemos contentarnos con repasarla inacabablemente. Hay que admitirla como premisa y, cuanto antes, llegar a las conclusiones. Adoptándola no como premisa teórica; como premisa de obrar. O sea, ligando la causación del drama a la responsabilidad de algo o de alguien. Aunque se trate de una responsabilidad demasiado antigua y demasiado difusa, siempre valdrá la pena pararse a discriminarla.

La pobreza, lo mismo que la prosperidad de un país, no son un evento fatal. Del hombre dependen, mucho más que del hado. Son una resultancia socio-económica de factores y circunstancias, de efectos retardatrices o de efectos impulsores que no tienen naturaleza irreversible. Pueden los pri-

meros adquirir cronicidad, atenuar o estrangular incluso los impulsos espontáneos del crecimiento, pero sólo hasta que se ataquen eficazmente las causas. Hasta que las posiciones viciosas se remuevan.

Cuando se admite que una región tiene condiciones para ser rica, y que lo es en potencia, nadie puede obligarla a vivir eternamente como pobre. La existencia de países sometidos a profunda disparidad interna, ricos de derecho, pero pobres de hecho, entraña una acusación. No contra imponderables mitologías, ni contra supuestos inabordables. Contra los prejuicios, las tendencias y los errores que a lo largo de las épocas vinieron contribuyendo a perpetuar el dogal del círculo vicioso y las secuelas del estancamiento.

Ya sabemos que ni un dictado ni el otro —el de rica y el de pobre— deben aceptarse con rigor literal. Aun aplicados al conjunto de una economía regional, casi tan favorecida de la mano de Dios como desfavorecida de la mano del hombre. Pero el mero hecho de describir el fenómeno, con esas u otras palabras, no reduce las dimensiones del mismo ni atenúa su gravedad.

Precisamente porque el mal existe, porque ha adquirido profundidad y porque es susceptible de remedio, a nada conduce atacarlo simplemente con frases hechas. Hace falta pasar de la palabra al acto, de la resignación a la acción, de la promesa al compromiso. Abriendo vías fecundas a una política concreta, orientada a la rehabilitación de las estructuras entumecidas, hasta lograr que el cuerpo económico regional, armónicamente integrado, pueda marchar por su pie hacia el crecimiento automantenido.

I.-EL FONDO PRIMARIO Y SU MARCO

El complejo de la tierra y el agua.

En la alianza de la tierra y el agua podría decirse que se aloja la clave del destino económico de Galicia. Así del destino histórico como del actual. La asociación fortuita de ambos elementos naturales, su interferencia recíproca, sus propiedades inmanentes... han condicionado en todo tiempo la formación de las estructuras en que se apoya la vida del país.

La gravitación de este complejo viene de muy atrás. Ha comenzado por moldear la peana geotectónica de Galicia, imprimiendo en su facies rasgos originales. Son la resultante —según Hernández Pacheco— de un «movimiento basculatorio de submersión, que ha ocasionado la invasión marina, ocupando el mar las zonas bajas de la red fluvial...». De esta proclividad geológica, que pudo determinar la conversión en isla del macizo galaico-duriense, «se ha originado el característico fenómeno de las rías» (1).

Después de la constitución fisiográfica, debe ser considerada la constitución climática. El índice pluviométrico de la región también cuenta mucho en el inventario de su riqueza potencial. En el mismo hay que reservar un lugar de honor para la lluvia gallega, tantas veces denostada por exceso de adhesión. Le debemos, entre otros dones, la permanencia, espesura y variedad del tapiz vegetal. Las formas de rejuvenecimiento cósmico que reviste nuestro paisaje. Y el pan de nuestros campesinos, que apenas conocen otros bienes de Dios.

Con bastante sacrificio de ese

pan bendecido, en la red fluvial se levanta ahora el milagro hidroeléctrico. La humilde lluvia que antes se transformaba en hierba, en patatas, en grano..., ahora también genera kilovatios. Bajo la lámina líquida de los embalses, van desapareciendo viejas aldeas y jugosas praderías, pero aquí o allá —desgraciadamente, más allá que aquí—, las fuerzas tributarias de la industrialización se multiplican.

He ahí la más reciente eclosión del complejo de la tierra y el agua. Representa la consagración económica del relieve inclinado y la precipitación copiosa. Pero, a pesar de ser elementos tan nuestros, su deslumbrante apoteosis no nos permite cantar victoria. Por ahora, Galicia apenas participa de los efectos impulsores, desatados por la explotación de sus ríos. Si no ha contribuido a endurecer la suerte de los pobladores anónimos, pegados a la tierra y a la res, poco ayudó a dulcificarla. En todo caso, ha venido a confirmar la dual y combinada influencia del hidro-ciclo y del geo-ciclo, en el desarrollo estructural del país.

Densidad de la estructura agraria.

El conjunto de la economía de Galicia tiene su paisaje propio, aunque sin rasgos diferenciales exclusivos. Sólo algunos, a través de fijaciones centenarias, han adquirido cierta agudización típica. El problema medular resulta más o menos afín al de cualquier región de vitalidad deprimida.

Digamos de entrada que tal problema se centra en la relación del hombre con la tierra. O más concretamente, en la invertebrada

morfología del asentamiento humano, en cuanto supone la condena de este factor fundamental a ocupaciones de exigua productividad.

Casi el 85 por 100 de la población total habita en municipios no mayores de 10.000 habitantes, diseminados en múltiples entidades. Esta forma de distribución supone que casi el mismo porcentaje, aproximadamente, de un modo directo o indirecto, se halla adscrito a la estructura agraria. Tanto monta, como que cuatro quintos de la fuerza de trabajo disponible del país, con su lastre de gente inactiva, viven sustraídos a un empleo dinámico de su mente y su músculo, su iniciativa y su capacidad de adiestramiento, su abnegación para el trabajo y su espíritu emprendedor.

Del bloque mayoritario rural, que se aproxima a los dos millones de personas, sólo una tercera parte está clasificado como población activa. La última estadística publicada se refiere a 1956. Desde este año no se han producido en la estructura aquí analizada cambios fundamentales y duraderos, ni siquiera en el coeficiente segregado por la diáspora emigratoria. La especificación recoge tanto el número de propietarios de las tierras que cultivan, afortunadamente superior en Galicia al de los trabajadores campesinos por cuenta ajena, como a éstos, y a los componentes de las familias dedicadas a la labranza y la cría del ganado. Tres categorías, difícilmente diferenciables en su medio social, que se cifran en 642.471 habitantes. Su distribución por provincias se ofrece en el cuadro I-1.

Elementos de juicio extraestadísticos permiten deducir que en este caso la tabulación se ha quedado corta. Aun sin intentar rectificarla, las cifras que ofrece tienen la relevancia suficiente para demostrar que en la sobrecarga impuesta por la densidad de la estructura agraria reside la rémora más recia para cualquier programa de desarrollo económico que se intente implantar en Galicia.

La imagen social de campo.

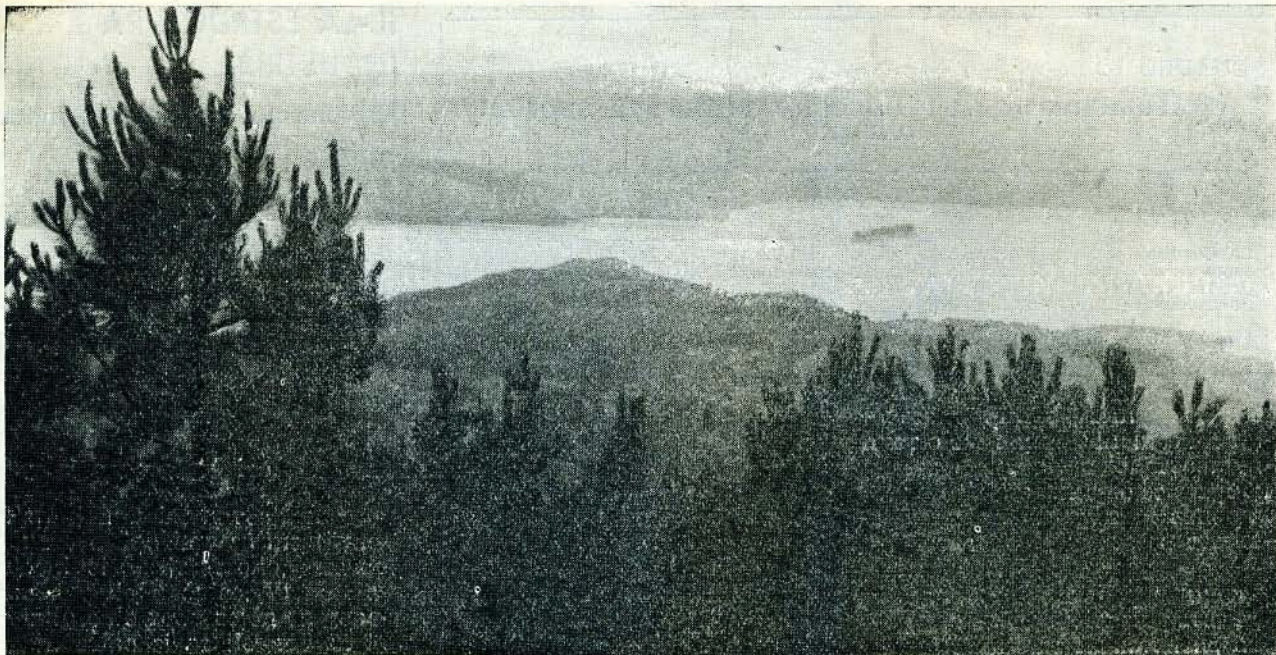
Sobre la estructura cuya dimensión demográfica acabamos de analizar se tiende la gran tela de araña del autoconsumo y la pobreza. Cubre la mayor parte del

CUADRO I-1

POBLACION ACTIVA DE GALICIA OCUPADA EN LA AGRICULTURA

PROVINCIAS	Patrones Agricultores	Familias campesinas	Jornaleros	Total población activa agrícola
La Coruña	44.773	156.506	25.745	227.024
Pontevedra	849	138.102	25.037	163.988
Orense	42.125	99.221	19.207	160.553
Lugo	6.918	71.876	12.112	90.906
Total	94.665	465.705	83.101	642.471

Fuente: Banco de Bilbao: «Encuesta Agropecuaria 1956» (3).



EL COMPLEJO DE LA TIERRA Y EL AGUA

Clave del destino económico de Galicia

cuerpo de una tierra digna de manto más noble.

Desde la costa ramificada hacia el interior y desde el cinturón de las ciudades se difunde la grey copiosa del arado y la vaca. Labra su pan año tras año en los valles de maíz y las colinas de centeno. De las faldas de las montañas cuelgan, en blanco racimo, las aldeas. La diseminación humana revierte por cauces seculares, poco propicios para la aceptación de otros hábitos que los del estoicismo heredado.

El destino económico sigue prendido a la tierra escasa, los cultivos mínimamente rentables, la presión del Fisco y el giro del emigrante. Prendido a la tupida red de la propiedad rústica fragmentada, las praderías mermadas por los embalses, las «corredoiras» abiertas entre zarzas y pedregales, la vivienda calentada como en Belén por el vaho del establo, los pinares añosos, donde el viento y el árbol parrafean... Y los otros pinares, los del monte rejuvenecido, merman los pastizales del común, segregados al espacio alimenticio «da facenda».

Estas pinceladas tienden a esbozar el escenario inamovible, el fondo social que perdura en el cuadro. Dentro de marco tan primi-

tivo se desarrolla una economía infraconsumidora, casi a nivel subsistencial. Una economía cuya apertura hacia el mercado se reduce a poco más que el trato del ganado, la venta estacional del cerdo, las patatas, las castañas, el vino... y la compra del pasaje para América —empeñando casi siempre alguna «leira»—, cuando llega la edad de emigrar. En el trasfondo de esta organización socio-económica se adivina la sombra del Ruy Xordo, levantando a los labradores gallegos contra los gerifaltes feudales. Los castillos fueron en gran parte derruidos, pero la rebelión campesina, continuada durante el resto del siglo xv por Alfonso de Lanzós, Pedro de Osorio y Diego de Lemos, quedó sofocada para siempre. Ningún traumatismo social ha perturbado tan profundamente el devenir de Galicia (2).

Parecería que el impacto de la derrota «irmandina» se aloja aún en el subconsciente colectivo de nuestro vivero racial. Como si la población labradora, después de encajar golpe tras golpe, se mantuviera reconcentrada sobre las cenizas de la represión medieval. Aquel levantamiento de los campesinos gallegos se adelantó a las revoluciones centroeuropeas del

mismo signo y las excedió en duración. Es así que los efectos a largo término resultaron tan extenuadores, que determinaron la caída en la estagnación secular.

Después, la protesta del ruso tuvo otras oportunidades de reproducirse. Pero ni siquiera había ya, detrás de las almenas, condes dominantes y obispos guerreros. Había sobre el campo, en permanente verdor, la sensación del vacío político-social, la inhibición del poder lejano, la carencia de luces y de medios... A la lucha por una situación de prosperidad en la tierra propia, se prefirió la aventura en tierra extraña.

Y la gente, a un lado o a otro, siguió emigrando...

Composición del producto agrario.

Como es necesario partir de lo que existe, debemos reconocer que a base de la aportación actual de Galicia al producto nacional bruto, no pueden concebirse grandes esperanzas. El primer obstáculo lo ofrece la propia composición de la producción agro-pecuaria.

Sólo en las provincias de Lugo y Orense, la renta ganadera supera a la estrictamente agrícola. Esta, con la forestal, corresponden

CUADRO I-2

COMPOSICION DE LA PRODUCCION FINAL DEL SECTOR AGRARIO

	Agrícola %	Ganadera %	Forestal %	Producción final agraria
La Coruña	40,39	39,41	20,40	100,00
Lugo	36,92	56,41	6,67	100,00
Orense	44,96	51,18	1,83	100,00
Pontevedra	41,46	36,85	21,69	100,00

Fuente: B. de B. 1957 (4).

a los subsectores menos dinámicos. Uno y otro tienen mayor proyección en las provincias de Coruña y Pontevedra, aparentemente dotadas de relativo equilibrio entre las tres fuentes de la riqueza rural. Así lo muestra el desglose porcentual recogido en el cuadro I-2.

El anterior desglose, acomodado al origen específico de la producción final agraria, conduce a otra cuestión sustancial. ¿Cuál es la proporción del rendimiento de la tierra, según se destine a la producción agropecuaria o a la de arbolado, leñas, etc.? Mientras la primera representa en conjunto el 86,84 por 100 del total atribuido al sector agrario, a la segunda corresponde aproximadamente el 13,16 restante.

Tales coeficientes no guardan proporcionalidad con la extensión de las superficies útiles, respectivamente ocupadas. Más bien están en relación inversa, si colocamos la tierra destinada a ganadería y cultivos a un lado, y a otro, la extensión de monte alto y bajo. Conforme al Mapa Agronómico Nacional (5), con la colaboración del Instituto Geográfico y Catastral, publicado por la Dirección General de Agricultura, la distribución espacial, según el uso asignado, se recoge en el cuadro I-3.

La conclusión que brota a primera vista de las cifras se reduce a que el espacio forestal cubre una extensión muy superior al agrícola-ganadero: 1.620.007 hectáreas, contra 1.230.682. En este número se incluyen 79.294 de erial, que se aprovechan para pastos, en las provincias de Coruña y Lugo. Del espacio mayor se obtiene el 13,16 por 100 de la producción total del sector, mientras que del menor se obtiene el 86,84 por 100.

En la provincia más pequeña

—Pontevedra—, la desproporción es aún más aguda. Del total de 436.966 hectáreas, sólo 143.846 se dedican a la producción alimenticia. Los montes, repoblados o bajos, casi duplican en superficie aquella cabida, pues ocupan 278.647 hectáreas.

No es necesario añadir escolios críticos. Surgen en la mente de todos, al tomar conciencia de la inadecuada estructura, en el uso de los recursos terrestres, que tal panorama desvela.

Pero debemos añadir algo sobre la conveniencia de no aplicar la política de reforestación con criterio unilateral. En cuanto sea posible, deberá entenderse asociada a la necesidad de impulsar la transición del monte a la agricultura y del brezal al pastizal.

A la escasez de superficies arables y pastables, y la extremada fragmentación de aquéllas, se une en Galicia la falta de selectividad en la explotación. Este achaque supone la subestimación de los factores físicos, especialmente la tierra, el agua y el clima, aptos para el desarrollo de especies altamente rentables —plantas industriales, fruticultura, horticultura, etc.—. El predominio que debiera corresponder a cultivos intensivos viene entregado a las cosechas de tipo tradicional, principalmente cereales y patatas, de poca rentabilidad.

Bajo este ángulo del problema, el magisterio de Cruz Gallástegui, sin negar merecimiento a otros esfuerzos, dejó una huella luminosa. Partiendo de la genética vegetal y animal, y continuando por la obtención de nuevos híbridos, razas mejoradas y distribución de semillas, rompe con el «camino de servidumbre», que el campo gallego viene recorriendo desde hace siglos.

II.-LA ESTRUCTURA INDUSTRIAL

El binomio agricultura - industria.

Era obligada la prioridad que hemos concedido al análisis del sector agrario. Por la importancia de la cuestión en sí y por las lagunas que su magnitud y cronicidad denuncian, en otros sectores regionales de la producción de bienes y servicios. Si éstos, especialmente los industriales, respondiesen a un nivel de desarrollo proporcionado a las necesidades básicas, el bloque demográfico rural no mantendría su desmesurada dimensión ni su inercia recesiva a las evoluciones del progreso interior. Tampoco parecería tan fuertemente imantado hacia el aliviadero del éxodo.

Las taras causales del atraso pueden recaer tanto en la medida como en la calidad de los antidotos. Por limitación en el ritmo del crecimiento natural o por falta de adaptabilidad al uso idóneo de los recursos tradicionalmente malversados. Del encogimiento y la culpa del sector privado podría hablarse, si las demás condiciones fuesen propicias a más ambiciosos lances. No cuando la tarea privativa del sector público, cual es la de montar la infraestructura y asegurar un clima de expansión, se halle a medio hacer.

La insuficiencia de la respuesta industrial viene demostrada por la escasez de oportunidades para transformar la subocupación encubierta que relaja la economía rural en reocupación extra-agraria decorosamente remunerada. Para conocer a qué distancia nos hallamos de una meta en verdad

CUADRO I-3

DISTRIBUCION DE LA TIERRA DEDICADA A CULTIVOS Y APROVECHAMIENTOS EN GALICIA

	Hectáreas
Monte alto	1.102.683
Monte bajo	517.324
Superficies agrícolas improductivas	91.623
Cultivos, prados y pastos (erial incluido)	1.230.682
Total	2.942.312

Fuente: Dirección General de Agricultura.



LA IMAGEN SOCIAL DEL CAMPO

Sigue dependiendo de la tierra escasa y el cultivo pobre y tradicional

impostergable, es necesario compulsar el desglose de la producción global de Galicia por sectores básicos.

En el practicado con los datos de 1957, la agricultura representó el 60,22 por 100 del total. La industria, incluyendo los servicios, el 39,78 por 100 restante. La magnitud así descompuesta quedó evaluada para dicho año en 29.834,56 millones de pesetas (4).

La calicata estadística fué repetida por las mismas manos, en relación a 1960. No conocemos la especificación de los bienes y servicios computados y su cuantía relativa. Conocemos el total en que se ha cifrado la producción de Galicia: 32.604,4 millones de pesetas. Supone un incremento de 2.769,84 en los tres años.

No hay apoyatura documental por el momento para atribuir la

diferencia en más a los sectores secundario y terciario exclusivamente. Aunque la hubiera, no sería para echar las campanas al vuelo. Porque las cifras, al menos en este caso, se prestan a engaño.

Si el cálculo se efectuara manejando pesetas con valor adquisitivo parejo al que tenían las de 1957, el saldo acusado en 1960 se habría desvanecido. Sólo si fuese de doble o triple volumen, podría responder a un incremento acumulativo real y ostensible.

Así parece haber sucedido, durante el mismo trienio, en otras regiones españolas. Especialmente en las más industrializadas, como Cataluña y la región vasco-navarra. Cuatro provincias en cada grupo regional. Algunas, marítimas, y alguna, interior. Los tres grupos situados en los dos extremos y el centro de la faja norteña.

Y, sin embargo, las disparidades en orden al incremento de la producción resultan detonantes:

Mientras en el período tabulado, Cataluña alcanzó un aumento en la producción interior, que excede del 30 por 100, y el de las provincias vasco-navarras se aproximó al 20 por 100, el de Galicia no alcanzó al 10 por 100. Con relación al total de la producción española, del 6,59 por 100 que representaba en 1957 descendió al 5,93 en 1960.

Un sector en expansión.

No es necesario acusar con tintas más enérgicas los efectos de la desproporción subsistente entre los términos del binomio clásico. Tampoco valdría la pena pararse a replantear, con referencia a Galicia, el problema de la prioridad

CUADRO II-1
INCREMENTO COMPARADO DE LA PRODUCCION TOTAL
EN TRES REGIONES

	1957 millones ptas.	1960 millones ptas.	Aumento ptas. 1960
Cataluña	78.750,04	101.627,40	23.827,36
Vasco-Navarra	41.852,54	49.157,10	7.304,56
Galicia	29.834,56	32.604,40	2.769,84

Fuente: B. de B. (6).

en la planeación del desarrollo entre la rama agropecuaria y la industrial. Pero no sobraría examinar el comportamiento de la segunda después de haber trazado una síntesis de la primera y de la relación entre ambas.

Así como el tono económico de la estructura rural es apagado y uniforme, una mayor movilidad puede apreciarse en la evolución de los demás sectores productivos. No todos, ni mucho menos, se hallan embalados hacia expansión acelerada, pero tampoco falta algún ejemplo de este fenómeno.

Aun dentro del sector primario, la explotación de recursos alimenticios marinos conoce una era de convincente apogeo. No sólo se halla dotada de elevado nivel técnico en su fase extractiva, sino en la de transformación, así como en determinados servicios. Se cumple, en relación a esta rama, cierto principio de la estrategia del desarrollo, que manda intensificarlo sobre aquellos bienes para los cuales «el país está especialmente dotado» (7).

La pesca industrial representa, dentro de la economía de Galicia, un auténtico «polo de crecimiento». Dentro de la órbita de explotación del hidro-ciclo salado, los efectos del multiplicador de inversión y del multiplicador de ocupación son tangibles. «El requisito general del periodo de transición —escribe Rostow— consiste en aplicar modificaciones, de rápido efecto productivo, a los recursos más accesibles y productivos por naturaleza» (8).

Adelantándose a cualquier planificación, la iniciativa privada en el sector pesquero ha cubierto las primeras etapas, comenzó la «marcha hacia la madurez» y puede esperar tranquila la «era del alto consumo en masa». Esta apreciación de conjunto es válida tanto para la fase primaria como para la secundaria, de la producción basada en la energía biótica de la mar. Son de este origen, para la

transformación conservera y semiconserva, los productos intermedios básicos. Para la transformación metalúrgica y la construcción naval, la fuente más caudalosa de la demanda, se identifica, en sus varias modalidades, con las firmas armadoras de buques de pesca.

Otras explotaciones colaterales del núcleo impulsor, como la fabricación autónoma de envases metálicos y de plásticos, la de cordelería y redes, ropas y calzado de agua, mobiliario naval, toldos, tuberías, etc., sin tener en el país la solera y plenitud de las industrias de síntesis —conservera y construcción de buques—, no tardarán en adquirir el desarrollo proporcional a un alto consumo de sus respectivos productos. Sin embargo, un buen número de industrias auxiliares de aquéllas, especialmente de las de aceros moldeados y algunos más, no han advertido aún la necesidad de localizarse en mayor proximidad a la fuente más prometedora de la demanda. Este vacío, en una época de prefabricación descentralizada, no debe tardar en cubrirse.

También en el sector de los servicios, la expansión del núcleo matriz está regando sus efectos impulsores. Los más visibles se acusan en las grandes factorías de almacenamiento frigorífico, elaboración de hielo, tratamiento y comercialización de productos y subproductos, etc.; el transporte en autocamiones especialmente acondicionados, para eslabonar este servicio con la cadena del frío; el seguro mutuo laboral y de buques, la asistencia radioeléctrica, etcétera.

Esta evolución sectorial se adapta felizmente al modelo teórico del desarrollo, que a primera vista parece más ajustado a la situación del país fuertemente dominada aún por el lastre de la «sociedad tradicional». No puede negarse que el brote de industria-

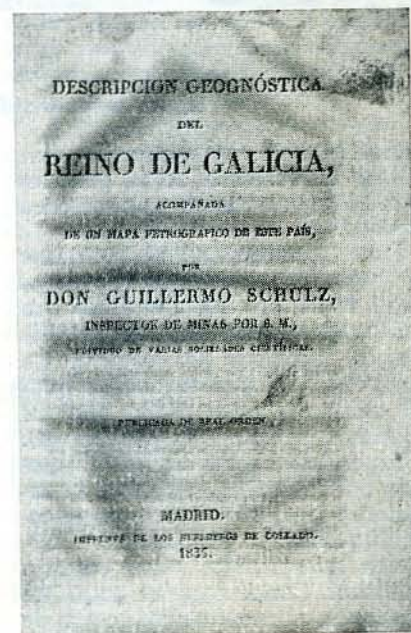
lización surgido al contacto con el mar es el factor que más ha contribuido a lo que Gösta Rehn llama «nueva repartición racional de la mano de obra» (9). Especialmente desde el último cuarto del siglo XIX, en que se levantaron las primeras fábricas de conservas y revertieron al campo los primeros salarios de origen urbano.

Pero aquí se trata del crecimiento conjunto de la economía regional, y no de un determinado sector. Y una economía de patrón moderno, evolucionada, es siempre altamente diversificada, pluralmente homogénea y no monoprodutora. Habremos emprendido la carrera hacia la prosperidad, cuando se sienten los pilares de una industrialización armónica, de riesgos compensados.

Es decir, no jugándolo todo a una carta. Especialmente, cuando la fuente de recursos que entra dominando el juego, aunque autorrenovable por naturaleza, resulta vulnerable al cambio fortuito, a la fluctuación cíclica y a las exacerbaciones del nacionalismo marginal.

El fallo de las industrias de base.

La curva de expansión creciente, que arranca de la producción



LAS RIQUEZAS DEL SUBSUELO

Esperanzas sólo en parte justificadas

sin suelo, no tuvo paralela en los demás sectores. Ni en orden al nivel alcanzado ni en orden a la continuidad del impulso. La apreciación debe tenerse como válida tanto para los sectores de la producción primaria como para los de transformación.

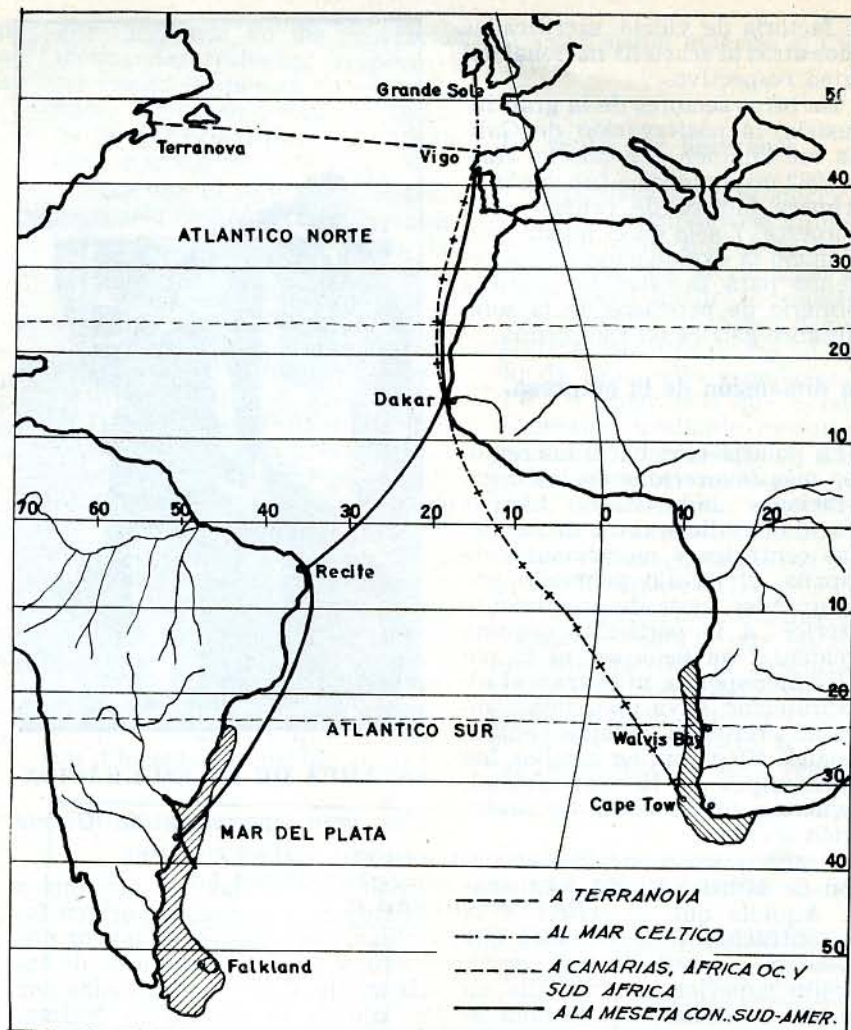
Desde los tiempos de Schultz, se reanimaron las esperanzas depositadas desde antiguo en las riquezas del subsuelo galaico. Sólo en parte resultaron justificadas después, a pesar de los precedentes fenicios y romanos, ligados al estaño y al oro.

Nunca parecería cuerdamente cimentada la ambición de alcanzar con los minerales gallegos un desarrollo industrial aproximado al que Vizcaya logró a expensas de sus hierros o Asturias de sus carbones. Pero la diferencia en la dotación de recursos no es tanta que justifique la radical exclusión de Galicia del área nacional de las industrias motrices. De la gran siderurgia, especialmente.

En la región donde las forjas catalanas habían adquirido copiosa propagación se levantaron los primeros altos hornos de España. Aquel ilustre precedente, que debemos al Marqués de Sargadelos, no fué tenido en cuenta en la evolución posterior de la industrialización pesada. Galicia hubo de abandonar toda aspiración en este orden o limitarse a ceder sus minerales férricos para tratamiento en otros países. Ni la riqueza de los yacimientos propios, ni la ventaja locacional para la explotación de los ajenos, ni la alta disponibilidad de energía eléctrica posteriormente desarrollada, constituyeron incentivo suficiente para incorporar la región precursora, al complejo de la siderurgia nacional.

Hace pocos años, Galicia se ha visto generosamente acunada por el «boom» del volframio. Fué algo así como una pasajera edad de oro que brotara en el escenario rural. Del oro negro, que perdió su timbre de nobleza, al ir cediendo las tensiones mundiales provocadas por la segunda gran guerra.

Aquella fulgurante racha produjo bastantes brotes de enriquecimiento personal. Proporcionó un transitorio alivio a las comarcas mineras y las próximas. Pero no trajo como herencia duradera una modificación a fondo de la estructura industrial del sector. Sin em-



PRINCIPALES RUTAS DE LA FLOTA PESQUERA

La pesca industrial, «polo de crecimiento»

bargo, algunas explotaciones fueron dotadas de modernas instalaciones de trituración, lavadero automático, separación magnética, fundición... Se han creado asimismo algunas factorías de ferrosilíceo, pero la minería metálica en Galicia tampoco ha llegado a un pleno desenvolvimiento. No ha generado aquella red de industrias derivadas que pudieran acelerar el fortalecimiento del sistema económico regional.

Así, al contraerse la demanda foránea del volframio, cobró auge la explotación de casiterita. También fué aprovechada la coyuntura para instalar algunas factorías de estaño y sus aleaciones. La crisis no tardó en llegar, con secuelas de extinción para algu-

nas empresas y debilitamiento para otras.

Esta sucesión de intentos frustrados o sólo parcialmente logrados ha tenido consecuencias deprimentes a largo término. La asociación del poder financiero no vino en apoyo de las aspiraciones regionales. En cambio, aquella fuerza actuó desde fuera, con efectos retardatrices para el desarrollo industrial de Galicia, en el campo que acabamos de recorrer, como en otros.

A modo de ejemplo pueden citarse algunos testimonios, no por mudos, menos elocuentes. Se erguían hasta hace poco al borde de algunas carreteras gallegas. Eran las chimeneas y los muros de las azucareras, y de alguna importan-

te factoría de vidrio, sacrificadas años atrás al «cartell» nacional del ramo respectivo.

En otros sectores de la gran industria, la postergación de Galicia fué también persistente. Hasta 1962 no comenzó a funcionar la primera fábrica de cemento del Noroeste. Y sólo en el mismo año se inició la explanación de los terrenos para instalar la primera refinería de petróleos de la zona cántabro-galaica en La Coruña.

La dimensión de la empresa.

La polarización hacia las regiones más favorecidas de las organizaciones industriales básicas desvió de Galicia, como de las tierras centrales y meridionales de España, el influjo generado por los grandes focos de crecimiento interior. A la periférica esquina occidental no llegaron, ni la política monopólica, ni el arancel ultraprotector, cuya ubérrima sombra aún retienen aquellos centros nodales. Llegaron, en cambio, los contragolpes de la regresividad, envueltos en un clima de preterición secular.

Otra vez, una conocida observación de Myrdal se vió confirmada. Aquella que se refiere a la concentración de actividades que «tienden a producir un rendimiento superior al promedio en ciertas localidades y regiones». No para provecho del conjunto, sino «dejando al resto del país más o menos estancado» (10).

La acción de tan descompensadas tendencias, obrando durante años y años, tenía que mostrarse impropia al desarrollo de poderosas estructuras industriales en la periferia atlántica. Ni la abundancia y adaptabilidad de la mano de obra, ni la existencia de recursos naturales inexplorados, ni los incentivos de la localización marítima, ni las ventajas de aproximación al mejor mercado... bastaron para merecer la opción, ya que no la preferencia, de los grandes inversores.

Esta fijación explica que incluso industrias subsidiarias del sector en expansión, como la de laminación de hojalata, de chapa de acero, fabricación de cables, anclas y cadenas, maletas, redes, hilos, aislantes, etc., mantuvieran su localización excéntrica respecto a Galicia. Han proliferado, prin-



ESTAMPA DE LA EMIGRACION

Una gran aportación de Galicia

cialmente en las dos provincias atlánticas, empresas de origen familiar, pequeñas en su mayor número, y en menor número, de talla media. Casi todas situadas por debajo de la dimensión óptima, para proporcionar mayor ocupación, reducir costos, renovar a su hora los equipos anticuados, acelerar las amortizaciones y maximizar los beneficios.

No puede desconocerse que en el sector de la mar, principalmente, se han realizado avances hacia la gran empresa. Son relativamente recientes y en corto número. Pero, aun dentro de esta órbita económica, los peligros de estrangulamiento por exceso de protección a otros intereses se han hecho patentes. Uno de ellos fué conjurado por la Ley de Admisiones Temporales, destinada principalmente a facilitar la de hojalata reexportable en forma de envases. Otro, por la concesión de franquicia arancelaria para el carbón importado con destino a la flota pesquera, después sustituido por combustibles líquidos.

En otros sectores industriales y de servicios, el proceso de crecimiento espontáneo, respondió a

una tasa insuficiente. Solo contemporáneamente la explotación de algunos prometedores recursos terrestres ha comenzado a intensificarse. La naciente industria del granito puede valer como ejemplo.

De las canteras gallegas, durante muchas décadas, solo se habían extraído materiales para edificación y pavimentos dentro del país, adoquines, para los rellenos de Holanda y «rocks of ages» para los cementerios anglo-sajones.

Ahora los milenarios depósitos, que encierran una variada gama de rocas aptas para la edificación suntuaria, abastecen un número cada vez mayor de talleres, altamente mecanizados, de aserrado, talla, canteado y pulimentación. Los productos así obtenidos, suponen, tanto por unidad de capital como de mano de obra, un alto coeficiente de valor añadido, especialmente cuando tienen acceso a los canales de la exportación.

En mayor escala se está orientando la industrialización de recursos, cuyo origen es análogo: arcillas, kaolines, feldespatos, etcétera. Aun se exportan grandes cantidades que deberían ser transformadas en la región. Este comercio elemental coexiste, sin embargo, con la creación de grandes factorías de productos cerámicos, desde la porcelana al gres y desde la loza a los refractarios.

He ahí una corta serie de ejemplos que pudiera ser completada con otras citas, donde la tendencia a la mayor inversión y mayor empleo de los demás factores, se acusan netamente: matadero frigorífico, explotación de lignitos, fábricas de productos lácteos, de abonos nitrogenados, una de automóviles, de cemento, de celulosa, de electrodos, de aluminio, etcétera, aparte las centrales termoeléctrica e hidro-eléctricas.

Dijérase que está iniciándose un cambio en la óptica de la iniciativa privada, divergente de la tradición empresarial del país. Aunque en muchos casos el impulso venga de fuera, no dejará de provocar dentro una reacción saludable. Especialmente en un medio donde la incrustación de la familia en la empresa, ha contribuido no poco a cortar las alas del avance industrial, mediante la disociación intestina, las transgresiones

del individualismo o el encogimiento ante el riesgo proporcional a los negocios de mayor escala.

III.-INDICES DE CONTRACCION

Población y producción, decrecientes.

Hemos recontado «grosso modo» el haber poco lucido de una etapa que debiera dejarse definitivamente atrás. La etapa de la economía sin plan, lastrada por el complejo primario. O, cuando más, la etapa del crecimiento marginal e invertido. Y hemos visto todo, o casi todo, lo que en ella dió de sí el juego espontáneo de las tendencias sociales y las fuerzas económicas. Dentro de un marco institucional insensible a toda preocupación integradora, sin agilidad reactiva frente a los fenómenos de contracción, el país no ha podido llegar a más. Pero puede venir a menos.

La apreciación se hace sin valor de pronóstico. Tan alejada de la alegría como del pesimismo, no subestima los progresos parciales, logrados principalmente en algunas zonas urbanas. Pero aun siendo interesantes, no han generado los cambios de estructura necesarios para acabar con el hechizo de la «sociedad tradicional». Tampoco han alejado el riesgo de la regresión.

Esta inquietud comienza a gravitar sobre el giro reciente de la curva demográfica. Ninguna de las taras que pueda padecer Galicia resulta comparable en efectos contractivos al despilfarro crónico de su potencial humano. La declinación insinuada hace algún tiempo en el censo de dos provincias, comenzó a reflejarse negativamente en el total regional. De 1900 a 1950 la población de Galicia creció vigorosamente, a pesar de las levas copiosas que provocó la emigración a América. Desde 1.980.505 habitantes al comenzar llegó a 2.604.200 al mediar la centuria en curso.

Con el año 1950 se ha iniciado el cuarto menguante. En el censo de 1960 el cómputo se redujo a 2.602.962 habitantes. No es alarmante la diferencia en menos, pero es sintomática. La depresión si-

gue localizada en las provincias menos desarrolladas, respecto a las cuales la merma no es desdeñable. De censo a censo la de Lugo perdió el 5,8 por 100 y la de Orense el 3,5 por 100 (11).

Para que el signo cambie sería necesario comenzar por restablecer cierto paralelismo entre las dos magnitudes básicas: población y producción. Lo cierto es que su desequilibrio en vez de remitir se acentúa con los años. Una y otra, en el último quinquenio investigado, han decrecido, más en relación con el nivel nacional, que con el regional precedente.

Así la producción total de Galicia representó, en 1955 el 5,93 de la correspondiente a España, mientras que el coeficiente de la población llegaba al 9,39. La disparidad siguió acentuándose, pues los datos de 1960 dan para Galicia el 8,56 por 100 de la población y el 5,93 de la producción total nacional. La curva afecta a las cuatro provincias, aunque, si bien con diferente intensidad en el re-

troceso, según muestra el Cuadro III/1.

La renta por habitante.

La población y la producción total son presupuestos numerales del otro índice que ahora interesa considerar. Es el escogido como típico para medir en relación a determinadas unidades demogeográficas, las diferencias en el grado de desarrollo económico. Todos los programas que tienden a acelerarlo, mediante incentivos o mediante compulsión, se dirigen a desplegar un «esfuerzo deliberado, que de modo específico se orienta a obtener un ritmo más activo del crecimiento del ingreso por habitante» (7).

Aunque este instrumento no sea realmente todo lo que en teoría promete, facilita la auscultación macro-económica del país en un momento dado. En este caso puede servir, tanto para revelar la evolución interna de la renta, co-

CUADRO III-1

PORCENTAJES DECRECIENTES DE LA POBLACION Y LA PRODUCCION DE GALICIA EN RELACION A LAS DE ESPAÑA

	POBLACION		PRODUCCION TOTAL	
	% de la nacional		% de la nacional	
	1955 (1)	1960	1955	1960
Coruña	3,42	3,26	2,63	2,36
Pontevedra	2,48	2,24	1,97	1,73
Lugo	1,82	1,58	1,16	1,01
Orense	1,67	1,48	0,83	0,83
Galicia	9,39	8,56	6,59	5,93

(1) Censo de 1950.

Fuentes: I. N. E. y B. de B.

CUADRO III-2

EVOLUCION DEL PROMEDIO REGIONAL DE LA RENTA "PER CAPITA" EN CINCO AÑOS

	1955	1960
1. Vasco Navarra	19.684,5	25.432,0
2. Catalana	13.477,0	25.007,0
3. Asturias	13.309,0	20.933,0
4. Balear	12.159,0	19.176,0
5. Valenciana	11.063,0	18.100,0
6. Aragonesa	10.158,0	17.138,0
7. Castilla la Vieja	11.148,0	15.601,0
8. Castilla la Nueva	9.711,2	15.003,0
9. Canarias	9.029,0	14.212,5
10. Leonesa	8.765,6	13.126,6
11. Andalucía	8.117,7	12.709,1
12. Galicia	7.503,0	11.982,0
13. Murciana	7.152,0	11.766,6
14. Extremadura	6.777,0	11.253,5
Media nacional	11.315,0	18.057,0

Fuente: Banco de Bilbao.

CUADRO III-3

**PRODUCCION E INGRESO DE LAS PROVINCIAS GALLEGAS
(ORDENADAS)**

Número de la lista general	Producción total en miles de pesetas	Ingreso «per capita» Ptas. de 1960	Número de la lista general
29. Pontevedra	13.938	14.140	25
37. La Coruña	13.103	13.067	33
44. Lugo	11.620	11.364	42
48. Orense	10.091	9.057	50
Galicia	47.752	47.931	
Media regional	11.938	11.982	
Media nacional	18.057	18.057	

Fuente: B. de B.

CUADRO III-4

**CAPACIDAD ADQUISITIVA DE GALICIA POR PROVINCIAS
EN 1958**

Ordenadas entre las españolas por volumen de producción	Consumo hogares		Volumen medio adquisitivo		Capacidad adquisitiva «per capita»	
	Millones de ptas.	%	Millones de ptas.	%	Pesetas	Número de orden
8. La Coruña	10.297	3,18	11.405	2,78	11.404	30
12. Pontevedra	7.829	2,42	8.888	2,17	12.301	23
31. Lugo	4.050	1,24	4.823	1,17	9.669	41
39. Orense	4.290	1,58	3.967	0,96	8.742	47
Total	26.466		29.083			
% reg. del total nac		8,42		7,08		
Media nacional					12.859	

Fuente: O. E. S. T. E. S. A.

mo las disparidades de nivel que se aprecian entre las diversas regiones, sometidas a un marco institucional políticamente unitario. Y, de hecho, económicamente diferencial, cuando no discriminatorio.

La más reciente indagación practicada, acerca del volumen de la renta nacional y su distribución provincial (6), proporciona testimonios expresivos. El primero que puede extraerse es el de la media nacional del ingreso «per capita». Se cifra en 18.057 pesetas para 1960.

Aparentemente es muy superior al mismo dato referido a 1955, que fué de 11.315. La diferencia entre ambas, 6.742 pesetas, representa sólo décimas menos que el 50 por 100 de la base de comparación. Como entre uno y otro año, con relación al dólar, la peseta perdió oficialmente la mitad de su valor en cambio, el incremento anual de la renta nacional en el mismo período puede calcularse aproximadamente en un 2 por 100.

Sólo cuatro regiones españolas superaron en ambos años, la media nacional de renta por habitante. Galicia figura en doceavo lugar de la escala. Extremadura, Albacete y Murcia quedan situadas por debajo, si nos atenemos a la ordenación por regiones:

El Cuadro III/2 enseña, además, que de 1955 a 1960 se han registrado disparidades voluminosas entre las regiones, en orden al incremento del ingreso. Reduciendo a Galicia el análisis, la diferencia nominal en más fué solo de 2.479 pesetas. O sea, el 33 por 100 del promedio de 1955, mientras el nacional bordea el 60 por 100. Practicada la reducción a pesetas uniformes, el incremento real obtenido en esta región apenas cubre el 1 por 100 anual.

Los síndromes del estancamiento se acentúan más, si el análisis se ciñe a las provincias. En orden a la producción las cuatro gallegas figuran en la última mitad de la lista general. La de Pontevedra cierra la primera mitad en relación al ingreso. La de Orense vuel-

ve a figurar en la cola: antepenúltima en cuanto a la producción total y última en cuanto al ingreso por cabeza, como muestra el Cuadro III/3.

La capacidad adquisitiva.

El índice que ahora consideramos, se destina a medir la relación entre el ingreso y el gasto. No el gasto total, sino el absorbido por la compra de bienes de consumo. Para un cálculo de esta naturaleza, Galicia, por sus características sociales, no puede ser materia fácil. El auto-consumo en la población campesina representa mucho más que en otras regiones, y puede falsear los resultados de la investigación.

La que hasta ahora se ha realizado en este campo, parte de premisas no exentas del riesgo de error, que acabamos de indicar. Por un lado se utilizan en ella los estudios, ya reiterados, sobre la distribución provincial de la renta nacional. Por otro, los datos del muestreo verificado por el Instituto Nacional de Estadística, en 1958, e incorporados a la Encuesta sobre Cuentas Familiares. Con referencia a Galicia, la imagen obtenida a través de esta última exploración, discriminando el consumo de los hogares, el volumen medio adquisitivo y la capacidad adquisitiva «per capita», se refleja en el Cuadro III/4.

La media nacional de la capacidad adquisitiva por habitante, es superior a la alcanzada en Galicia, lo que era de presumir. Para la provincia de Pontevedra se obtiene el promedio más alto de las cuatro occidentales, en relación a la población de la misma. Pero queda a respetable distancia de aquel nivel, antes que Soria, pero debajo de Huesca, Palencia, Segovia, Castellón..., que no son precisamente de las mimadas por la fortuna. La Coruña queda por debajo de Teruel y por encima de Huelva, lo que no deja de ser extraño. Lugo y Orense se sitúan en el tramo quinto y último de la lista, que cierran tres provincias andaluzas.

Como corroboración visible de cuanto en este lugar se expone, podemos apelar aun al censo de vehículos-automóviles. En España, con referencia a 1960, la proporción aun era de las más bajas de Europa: uno por cada 67 habi-

tantes. Tampoco se ha logrado pa-rejo nivel en Galicia, como enseña el Cuadro III/5.

También la provincia de Pontevedra dispone de mayor número de vehículos, en relación a la población, pero menos que Logroño, Murcia, Alicante, Castellón... A las otras tres corresponde una media mucho más baja, especialmente las de Lugo y Orense, relegadas a la decena final de la lista, con ostensible diferencia en menos.

Consumo comparado de electricidad.

No es necesario ponderar la expresividad social que de este índice emana. Puede tomarse como uno de los instrumentos de medida típicos para determinar el nivel de vida de un país y su grado de desarrollo industrial. Poco puede añadir en este caso, a lo revelado por anteriores compulsas, pero debe ser traído a colación para subrayar otros contrastes del panorama económico que nos rodea.

La media de producción anual, y «per capita», de energía eléctrica en España, ha resultado fijada para 1960 en 618 kilowatios hora, inferior a la de Irlanda, Hungría, Polonia... y solo superior en Europa a la de Portugal, Grecia, Bulgaria, Turquía... El porcentaje de incremento sobre los datos de 1959 fué para España del 7,27, mientras que para el resto de Europa alcanzó al 11,48 (12).

La modestia del índice nacional de este consumo, tres veces inferior al de Alemania, Austria o Finlandia, llega al extremo si se refiere a Galicia. Aquí la media «per capita» no pasa de 218,07 kwh. En cambio, llega a 655,95 en Cataluña y a 1.516,48 en las Provincias Vascongadas.

El contraste aun resulta sobre-acusado, si se tiene en cuenta que mientras el país del chistu, consume el 518,84 por 100 de su producción de energía eléctrica —416.774 MWh.— al año y el de la barretina el 81,88 por 100 también de su producción —416.774 MWh.—, Galicia solo consume el 25,03 por 100 de los 2.268.077 que en 1960 salió de sus centrales.

El panorama intrarregional del consumo de energía eléctrica, acentúa la elocuencia del índice. Se muestra con suficiente detalle en el Cuadro III/6, construído a base de la estadística de 1960.

La media más alta de consumo «per capita» resulta asignada a la provincia de Pontevedra, con la mínima diferencia sobre la de Coruña. No llega a los 300 kwh. Orense queda por debajo de los 200 y Lugo de los 100. Para redondear la paradoja digamos que la pro-

vincia de Orense, colista en la escala de la renta por habitante, produce anualmente más de 1.210.000 MWh. Figura, por tanto, entre las cuatro o cinco provincias de mayor producción de energía hidro-eléctrica de España.

IV.-LA REVERSION DEL SIGNO

El nivel de utilización de los recursos.

En las páginas dedicadas al desarrollo de la agricultura, el Informe del Banco Mundial contiene un pequeño esquema de cada región, visando sus condiciones naturales. Galicia encabeza la descripción. De ella se afirma allí que «es una de las regiones más favorecidas de España».

Y, al mismo tiempo —replicamos— una de las más desfavorecidas. Todo depende del ángulo que se utilice para enfocarla. Por dentro nunca produciría la misma impresión que por fuera.

De todos modos, aquel juicio no es una de tantas galanterías al uso, inspiradas por el paisaje. Tampoco cabe considerarlo como un redescubrimiento. En boca de fríos investigadores internacionales, la frase anticipa una evaluación condensada de las potencia-

idades latentes en el factor tierra. Presupone la existencia en el país de recursos renovables en estado de abandono o de menguada utilización. «El suelo es lo bastante bueno —añaden— para dar rendimientos satisfactorios, cuando se usan métodos apropiados de producción» (18).

Referida al subsuelo, la estimación de los expertos habría sido menos generosa, aunque no desalentadora. No dejaría de registrar el margen de incipiente utilización, e incluso de desperdicio, que subsiste en el grupo de recursos fijos. Aun desarticulada originariamente la asociación del carbón y el hierro, tan pródiga al este de la frontera administrativa —no de la económica— de Galicia, las fuerzas del agua han suplido aquella laguna geológica.

Lo que no se ha conseguido por ahora es la articulación de unos y otros factores, a través de gran-

CUADRO III-5
NUMERO DE HABITANTES POR AUTOMOVIL
EN GALICIA (1960)

Número de orden entre las españolas	PROVINCIAS	Habitantes por vehículo
22	Pontevedra	100
37	La Coruña	147
42	Lugo	184
44	Orense	193
	Media nacional	67

Fuente: «Industrias del Motor S. A.»

CUADRO III-6
MEDIA ANUAL (1960) DEL CONSUMO DE ENERGIA
ELECTRICA EN GALICIA

	Alumbrado, viviendas y establecimientos	Aparatos de uso doméstico	Usos industriales	Total consumo	Consumo «per capita» K. W. H.
La Coruña	49.462	237	238.651	288.350	290,75
Pontevedra	43.736	406	99.682	143.824	291,43
Lugo	13.187	560	32.349	46.096	96,12
Orense	9.958	—	79.416	89.374	197,96
Galicia	116.343	1.203	450.098	567.644	218,07

Fuente: Servicio Sindical de Estadística.



TUTELA DEL ESTADO

Para la puesta en valor de la estructura productiva rural

des estructuras industriales radicadas en el país, y generadoras a gran escala de ocupación y de rentas. Mientras el mineral de hierro y la mano de obra siguen saliendo por los puertos marítimos, los millones de kilowatios se van por el lado opuesto. El objetivo de acabar con esta disociación de fuerzas, constituye una de las claves de la reversión del signo.

De los 2.268.094 MWh. que han producido las centrales gallegas en 1960, en la región sólo han tenido empleo 567.644. La primera de estas cifras, con la incorporación del Salto de Belesar al sistema hidroeléctrico, alcanzará los 3.000.000 MWh. en 1963, mientras la segunda experimentará un aumento seguramente inferior al 10 por 100.

Al lado de esta consideración, dentro del enfoque que estamos desarrollando, es inevitable colocar otra. Aquella que suscita la unilateralidad práctica, así en el precio de la energía facturada, como en el subsidio para financiación de nuevos centros productores. O sea, las Tarifas tope unificadas, por un lado, y por otro, las disposiciones reguladoras del porcentaje OFILE.

A causa de este doble mecanismo, y sin mengua de su aparente

equidad, se pone en juego un nuevo factor de contracción. Un factor que reduce las ventajas locacionales, ofrecidas inicialmente por Galicia, a la opción del empresario. Aquellas ventajas que, frente a las perspectivas de esta hora, podrían coadyuvar positivamente a la reversión del signo. No solo del signo menos al más, sino al de multiplicar, que es de lo que se trata.

En el cálculo de la tarificación, no entra solamente el costo de producción de la energía. Si así fuese poco cabría oponer al módulo nivelador. Pero a formar el precio del kilowatio entran, además, costos de transferencia, cuyo volumen aumenta en razón directa a la distancia que el fluido recorre, a la longitud de las líneas utilizadas, a las operaciones de transformación necesarias, a las pérdidas...

En buena lógica, como en buena economía, la imputabilidad de la carga parece que debiera vincularse a su incidencia local. Precisamente, porque es reducida en la región productora, y se eleva a medida que la corriente se aleja de las fuentes a través de la red nacional. Además, no se trata de un renglón suave, que merezca desdeñarse en la contabilidad de

costos de la empresa consumidora. Sólo las pérdidas de transporte, transformación y distribución han supuesto en 1960 una evaporación de 3.396.288 MWh., que equivalen al 18,40 por 100 de la producción total de la energía eléctrica en origen (12).

Los efectos de esta forma de comercialización, resultan especialmente lesivos para la periferia deprimida. Dado el bajo nivel del consumo intra-regional, el volumen de la carga añadida sube. Además, priva al área productora de una preferencia que no es debida a ningún poder, como no sea el de la Madre Naturaleza. Una preferencia que constituiría un aliciente poderoso para la proliferación industrial. «En la medida en que los precios unificados destruyen en la práctica el incentivo de los grandes consumidores —dice el Informe del Banco Mundial—, con alternativas respecto a la localización, a acudir a zonas donde los costes de producción de energía son relativamente bajos, este efecto es antieconómico» (13).

Todo esto ha contribuido a redondear la curva myrdaliana de la «causación circular», en que el conjunto de la economía de Galicia se halla confinado. No basta que se haya roto por el segmento correspondiente a los recursos auto-renovables, pues la tensión del empobrecimiento rural persiste. Aunque las industrias del mar seguirán creando oportunidades de empleo y de acceso a salarios altos, solo en una pequeña parte, en relación al volumen total de la desocupación encubierta y la dispersión migratoria, podrán neutralizar así la tara interna como el derrame externo.

Este elemental objetivo, imprevisible en cualquier programa de desarrollo económico y social, reclama una cifra mucho más alta de la oferta de trabajo, en los sectores secundario y terciario principalmente. No menos de 20.000 nuevos puestos de trabajo al año, como promedio durante diez, parecen necesarios para remontar la etapa de «impulso inicial» e inaugurar la «marcha hacia la madurez».

La emigración de capital.

La utilización en mayor nivel tecnológico de los recursos asequibles al esfuerzo del país, cons-

tituye un presupuesto de absoluta prioridad, para la reversión del signo. La utilización racional y relativamente plena, contra la malversación y el desperdicio. No hace falta aclarar que la noción de recursos, no abarca solo los físicos y los humanos. Además, abarca en proporción suficiente, los recursos económicos.

Entre las secuelas dimanantes de la posición marginal, en que la economía de Galicia se ha movido perezosamente durante años y años, ninguna comparable en efectos enervadores a los ritos del dinero. Nos referimos a aquellos que han venido condicionando los movimientos del capital, tercera fuerza, como se sabe, del proceso productivo.

Cuando el análisis se orienta bajo este aspecto, las zonas atrasadas y densamente pobladas hablan todas el mismo lenguaje. El de la insuficiente tasa de acumulación de capital, a causa de la reducida capacidad del ahorro interno y de la desviación de sus flujos hacia la inversión desarraigada, o al menos no implicada en el desarrollo regional. Así un fenómeno como el otro, tampoco son exclusivos de esta tierra. Pertenecen a la sintomatología de los estados de postración secular, cuyo síndrome típico es la anemia de capital industrial.

«El atraso de ciertas zonas respecto de otras —dice un especialista— se debe precisamente a la escasez de este factor productivo» (14). De ciertas zonas y de ciertos sectores. Para confirmar la segunda parte del aserto, tanto como la primera, Galicia puede ofrecer un testimonio elocuente. Lo constituye el auge de la industrialización pesquera, y su alto nivel técnico, en medio del encogimiento, cuando no del estancamiento de los demás sectores, sopesados en conjunto. Pero sin la generosa corriente de financiación, que vino a proporcionar el crédito naval institucional, tampoco se hubiera producido una expansión audaz sobre el latifundio azul.

En relación a las demás actividades, los movimientos del dinero se ajustaron al esquema tradicional. Un sistema caracterizado por su escaso dinamismo hacia dentro y su excesiva dependencia hacia fuera. Demasiado rígido, salvo durante las intermitencias

de la inflación, a la demanda interior de crédito. Abierto, en cambio, a la canalización de los excedentes hacia la órbita de los oligopolios financieros, históricamente implicados en la acumulación de mayor prosperidad sobre las zonas ya industrializadas.

También este problema es genérico de las regiones desfavorecidas. Torres Martínez lo definió como «un proceso de empobrecimiento por descapitalización, es decir, por emigración del capital hacia las regiones más prósperas». Y ampliando el diagnóstico añade: «El problema de las exportaciones de capital difiere, según se trate de una región rica o pobre. En el primer caso es una sangría útil de capitales excedentarios, a veces necesaria para alentar la producción... En las regiones deprimidas, donde los capitales son raros, su exportación empobrece aun más el país» (15).

Pequeño ahorro e inversión paraestatal.

Dentro del marco institucional políticamente unitario, existen de hecho economías dominantes y economías dominadas. Estamos ante una de las causas —entre muchas—, que más ha contribuido a la consolidación de semejante disparidad. Consiste en que las

masas de dinero sustraídas al consumo en las segundas, se desplazan por vía bancaria o afines hacia las primeras.

O sea, el drenaje de fondos propios hacia la inversión ajena. Este fenómeno comienza por gravitar sobre el pequeño ahorro, el ahorro de cartilla. Aquel que se recoge en órganos estatales o en los de ámbito local, también administrativos. En las cajas de ahorro postales, que invierten en fondos públicos todos sus remanentes, y en las otras.

De esta última clase de instituciones el grupo de mayor actividad colectora, está formado por las cajas de ahorro benéficas, municipales y provinciales. En Galicia funcionan seis, cuyo movimiento de saldos totales, al comienzo y al final de un quinquenio, se refleja en el Cuadro IV/1.

Los 4.674,9 millones de pesetas, que sumaban los fondos de las seis cajas en 31 de diciembre de 1961, no son como para despertar optimismo. Pensemos que en la misma fecha otros grupos regionales de cajas de ahorro benéficas duplicaban, triplicaban o septuplicaban aquella cifra.

Así, las ocho cajas del antiguo Reino de Valencia se aproximaban, en conjunto, a los 7.500 millones de pesetas; las ocho vasconavarras a los 14.000 y las once



LOS GRANDES ACTIVOS DE GALICIA

El agua y la población

de Cataluña a los 35.000. He ahí otro índice comparativo, que dice por sí solo tanto como cualquiera de los anteriormente examinados.

En 31 de diciembre de 1956, los depósitos en las mismas cajas gallegas sumaron solamente 1.772,7 millones de pesetas. Aun siendo baja la tasa de acumulación, según enseñan los datos de otras regiones, la diferencia en el quinquenio —2.902,2—, supone una medida anual de incremento de 580.400 pesetas. De la cual, el 65 por 100 tiene un destino oficialmente marcado: las cédulas que se emitan para financiación de las empresas del INI.

Como en el mismo período se ha agregado al complejo industrial de Puentes de García Rodríguez una fábrica de abonos, y comenzó a instalarse la de celulosas de Pontevedra, algunos cientos de los millones emigrados han regresado a la tierra de origen. No sabemos cuantos, en estos momentos. Sabemos que los suscritos por la institución promotora, para la última de las empresas citadas, asciende a 487, y que de esta suma, a fines de 1959, se habían desembolsado 121,5 (17).

Estos datos apoyan otra deducción cuantitativa. En los cinco años se habrán destinado a la industrialización básica de Galicia, un volumen de capital menor de lo que en uno solo cerca de 530.000 imponentes gallegos debieron aportar a las finanzas, de la más poderosa constelación inversionista de España. Y no todo el ahorro gallego. El de condición más modesta, y con mayor participación, entre las cuatro provincias, de aquella —la de Orense—, cuyo nivel de renta «per capita» es el más bajo de España. Fenómeno lamentablemente lógico, aunque parezca paradójico.

El drenaje bancario.

Por las ventanillas de los bancos afluye otra clase de ahorro. El de la cuenta corriente y el talón, más que de la libreta a plazo. Aun sin apoyo en la estadística, se ha de dar por admitido, que la masa de saldos acreedores bancarios, representa mucho más que la del ahorro de menor cuantía. Y que la tasa de acumulación de aquél, incluso en Galicia, es más alta.

Para levantar el pulso de la eco-

nomía regional han de reforzar su latido las fuentes disponibles de financiación. Un primer paso en la trayectoria restauradora, sería el de vincular a la inversión dinámica dentro de la misma área, la producción propia de medios financieros líquidos. Otro, el de provocar la polarización industrial hacia el Noroeste, sin que por ello haya de derivar decrecimiento para las zonas ya polarizadas.

La verdad es que está demasiado verde una aspiración tan primordial. Nos impide alcanzarla un problema cuya solución puede ser viable, pero siempre resultará ardua. En la evolución de la estructura bancaria parece estar el punto neurálgico.

La empresa de esta clase en Galicia refleja en sus dimensiones las de la economía del país. Por atonía del medio en que actúa, por falta de coyuntura o de tiempo, no ha podido alcanzar un tamaño comparable al de las siete u ocho organizaciones del mismo ramo, que tienen proyección nacional.

Antes de que a los Bancos gallegos les llegara la hora de propagarse a otras regiones, la mayoría de los otros, de los grandes, tomaron posiciones en Galicia. Esta penetración se vió favorecida inicialmente por las quiebras del primer período postbélico, que alcanzaron a varias firmas, incluido el antiguo Banco de Vigo. Después, por la política del «statu quo», cuyo proceso de deshielo se está iniciando.

Las consecuencias de la situación así forjada están a la vista. Por un lado, frenaron la expansión del naciente sistema bancario regional. Por otro, prepararon la canalización de los excedentes

depositados en la red de sucursales hacia los respectivos ejes de nucleación. Todos, naturalmente, situados fuera de Galicia. Principalmente, en el norte y en el centro.

En torno a tales ejes y a algunos otros ya preformados se desarrollaron zonas polarizadas de alta densidad industrial. Hacia ellas también derivó el ahorro depositado en las embajadas del oligopolio bancario. «En los países donde la formación de capital industrial —escribe Pincus— es principalmente obra de los Bancos y las compañías de seguros, se nota la tendencia general de que el ahorro de las regiones agrícolas se encuentre en parte transformado en inversiones destinadas a incrementar la industrialización de regiones ya industrializadas» (18).

En torno a los grandes Bancos, especialmente a los que se especializaron en la promoción de negocios, se han desarrollado «grupos financieros» integrados por importantes empresas. A la hora de decidir sobre la localización de éstas, Galicia resultó en todo caso olvidada o preterida (*).

Es obligado reconocer, claro está, que desde hace aproximadamente quince años, uno de los Bancos regionales y varios nacionales vienen realizando en Galicia inversiones de volumen impresionante. Pero los segundos, no para equipar al país con la estructura industrial que su necesidad de desarrollo reclama. No para crear empresas dinámicas, genera-

(*) La frustración del Plan Cepal, atribuida a falta de asistencia financiera, es un ejemplo. Se proponía desarrollar en Ribadeo, conectada con la zona forestal cantábrica, una factoría de pasta Kraft y derivados.

CUADRO IV-1

EVOLUCION DEL AHORRO DEPOSITADO EN LAS CAJAS BENEFICAS DE GALICIA

	Al 31 de diciembre 1956		Al 31 de diciembre 1961	
	Núm. de imponentes	Millones de pesetas	Núm. de imponentes	Millones de pesetas
Vigo	125.650	584,0	190.257	1.203,5
La Coruña y Lugo.	95.868	485,1	135.327	1.062,8
Orense	17.866	283,3	45.593	1.388,3
Pontevedra	41.908	182,2	69.711	504,4
Santiago	44.636	181,8	62.904	370,1
Ferrol	20,616	56,1	25.949	143,5
Total	346.544	1.772,5	528.741	4.674,9

Fuente: C. E. de Cajas de Ahorro Benéficas (16).



ZONA INDUSTRIAL DE LA CORUÑA

Ningún momento de la historia económica de Galicia ha sido tan expectante

doras en gran escala de ocupación, rentas y alto consumo en la región empobrecida. Para montar una imponente infraestructura de producción de energía, sin duda digna de reconocimiento y admiración, pero cuyos caudalosos beneficios repercuten a mucha distancia de la tierra de procedencia, o sea sin contribuir positivamente a la reversión del signo. Contribuyendo, en cambio, a consolidar el auge de las economías dominantes, y dejando a su suerte, como antes, las economías sirvientes.

Cooperación del sector público.

Para completar la explicación de conjunto, aún podemos orientar el razonamiento hacia otro punto cardinal. El que está situado al norte y por encima de cuantos se han tratado. Es decir, hacia la relación entre el sector público y la región cuya estructura económica hemos intentado auscultar.

Materia demasiado compleja para reducirla a un esquema adicional. Aunque no ha sido tratada prolijamente con respecto a

Galicia, lo fué desde puntos de vista más generales. En todo caso, pronto habrá de adquirir líneas concretas en la elaboración del Plan Nacional de Desarrollo Económico que viene gestándose.

Según todos los indicios, las perspectivas se abren hacia un horizonte donde el Estado, como promotor del progreso económico, mantendrá una posición no compulsiva, dejando libertad de movimientos a la iniciativa privada. Tesis de irrefragable ortodoxia dentro del clima económico occidental. Sin embargo, también existen formas de compulsión indirectas, al margen o al amparo de las ordenaciones administrativas. Contra ellas, ningún efecto podrían operar los recetarios meramente indicativos.

Por lo tanto, no debe esperarse en modo alguno la recaída en el *laissez faire*. Aquella posición tampoco debe significar que la promoción del desarrollo haya de dejarse enteramente a la perspicacia y el nervio de la empresa particular, encuadrada dentro del plan. Salvo allí donde el haber y el debe en la cuenta del Estado

hayan llegado a igualarse o la columna del primero supere a la del segundo.

Esta no es la situación de Galicia. Especialmente en departamentos tan fundamentales como los de Educación, Obras Públicas, Agricultura, Hacienda...

«Hay un desperdicio ingente de potencial humano —dice Prebisch— que sólo podrá reducirse y disminuirse con un vasto programa de educación primaria y capacitación técnica de las masas populares» (19). La cita no se refiere a Galicia, pero pudiera aplicársele sin pecado de exageración. Aquí las dimensiones del problema tampoco se reducen a la eliminación del analfabetismo residual. Incluyen la prestación de los medios culturales capaces de revelar y desdoblar las aptitudes socialmente fértiles, que aún resultan predestinadas a la esterilidad.

En la era de la ciencia ultraproductiva, la inversión más rentable —se ha dicho alguna vez— será siempre la que recae en el factor humano. Especialmente cuando el desarrollo económico también se concibe a base de la absorción por vía educacional del

saber tecnológico disponible. En la aplicación de este principio ha de buscarse, además, una mayor adaptabilidad de la enseñanza formativa a la modalidad económica regional.

Dentro de la concepción actual, la Universidad de Santiago de Compostela no tiene por qué ser gemela o poco menos de la Universidad de Salamanca. Así como sería absurdo radicar en Vigo, por ejemplo, una escuela textil, no puede parecer justificado que la sede del Instituto de Investigaciones Pesqueras se emplazase en un puerto del Mediterráneo. Y no por la poca producción del viejo mar, en relación con el Atlántico, sino por hallarse concentrada en este litoral la población y los intereses llamados a beneficiarse en mayor escala con el fruto de la búsqueda científica.

Se ha propagado por el resto de España el convencionalismo de que Galicia es como una Extremadura brumosa y poco accesible. El aislamiento supuesto fué siempre superior al real, y el de ahora, muy inferior al de antaño. Sin embargo, el prejuicio de la lejanía nace del retardo en la modernización de la infraestructura viaria, antes que del imperativo geográfico. Más que un problema de distancia, para los medios actuales, es un problema de caminos, de trazados, de firmes, de carriles, de material rodante, de velocidad media, de coordinación de tráfico, etcétera.

La situación así esbozada ha tenido efectos regresivos para la economía regional. No han sido menores los que ha causado a la nacional, por ser una de las principales despensas abastecedoras —Galicia— del interior de la península.

No es necesario apurar la cuenta de lo mucho que falta por hacer en la región, dentro de las obligaciones que el sector público asume. Pero resulta inevitable aludir aún a la necesidad de intensificar la tutela del Estado, para la puesta en valor de la estructura productiva rural. Iniciada solamente en orden a la concentración parcelaria y a la recuperación de zonas anegables, como la laguna de Antela, no ha tenido aún manifestación ostensible en orden al crédito agrícola, la vivienda campesina, la selección de cultivos, etc., cuya preterición

más agrava que favorece la repoblación forestal. Dentro de este ámbito, el más necesitado del amparo estatal, había que considerar aún la presión tributaria. Tanto en orden a la justicia de los tipos impositivos, acomodados a supuestos de productividad inasequibles para una agricultura pobre, cuanto en orden a dispensar concesiones desgravatorias como estímulo para el cambio en la utilización de los recursos u otros aspectos del desarrollo agro-pecuario.

Las muestras aquí ofrecidas tienen relevancia suficiente para revelar que, también en el campo de las economías externas, el sector privado aún tiene flancos al descubierto. En la coordinación de su actividad con la asistencia efectiva del sector público se cifran principalmente las posibilidades de hacer realidad las conquistas ambicionadas.

* * *

Ningún momento de la historia económica de Galicia estuvo como el presente tan nutrido de expectativas. Creemos haber explicado las raíces y las razones que alimentan en esta hora las esperanzas del país.

No derivan de un sentimiento de vindicación, como el análisis interno, objetivamente conducido, habrá de revelar siempre. Aunque la dimensión regional se adopte como unidad espacial para la adaptación de la teoría del desarrollo, lo que domina sobre cualquier otro significado es un pensamiento de coherencia nacional, entendido sin concesión a la retórica, pero con el realismo necesario.

Un pensamiento basado en la igualdad de opciones, de los hombres y los grupos, a una altitud de nivel social incompatible con la pobreza.

Señala Hirschmann, con la mirada en Italia, que «el progreso económico se ha asociado estrechamente con la latitud» (20). El fenómeno, como es obvio, también se registra en España, donde los efectos de la polarización vienen favoreciendo al Norte. Pero aquí, más que en la península apénina, el problema resulta agravado por la simultánea disociación con la longitud occidental.

El arrastre histórico de este factor no ha interferido solamente el

desarrollo económico espontáneo del noroeste ibérico. También ha producido efectos antiexpansivos a largo término en la esfera suprarregional. Se han traducido en detrimento de la vocación atlántica de España, apartándola insensiblemente de los caminos del mar y acelerando el proceso de su decadencia.

En la reversión de tal tendencia, también Galicia podría cifrar la de su actual signo económico y social. Pero aún resulta más viraje, desde el punto de vista de la coherencia nacional y de la integración europea.

NOTAS

(1) E. HERNÁNDEZ-PACHECO: *Fisiografía del solar hispano*. Tomo XVI, 1.ª parte. R. A. de Ciencias. Madrid, 1955.

(2) BENITO VICETTO: *Historia del siglo XV en Galicia*. Ed. Nova. Buenos Aires, 1944.

(3) Banco de Bilbao: *Renta nacional de España y su distribución provincial*, 1955. Bilbao, 1957.

(4) Banco de Bilbao: *Renta nacional de España y su distribución provincial*, 1957. Bilbao, 1959.

(5) Dirección General de Agricultura: *Mapa de los Cultivos y Aprovechamientos de España*. Madrid, 1962.

(6) Banco de Bilbao: *Avance de la renta nacional de España y su distribución nacional*, 1960. Bilbao, 1962. (Mimeografiado.)

(7) Naciones Unidas: *Manual de proyectos de desarrollo económico*. México, D. F., 1958.

(8) W. W. ROSTOW: *Las etapas del crecimiento económico*. Fondo de Cultura Económica. México, D. F., 1961.

(9) CÔSTA REHN: *Adaptabilité de la main-d'œuvre et croissance économique*. «L'Observateur de OCDE», núm. 1, 15 de noviembre de 1962.

(10) GUNNAR MYRDAL: *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*. F. de C. E. México, D. F., 1959.

(11) Instituto Nacional de Estadística: *Anuario Estadístico de España*. Madrid, 1962.

(12) Servicio Sindical de Estadística (Sindicato de Agua, Gas y Electricidad): *Datos estadísticos técnicos de las centrales eléctricas españolas*. Madrid, 1962.

(13) Oficina de Coordinación y Programación Económica: *Informe del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento*. Madrid, 1962.

(14) VITTORIO MARRAMA: *Política económica de los países subdesarrollados*. Aguilar. Madrid, 1961.

(15) MANUEL DE TORRES MARTÍNEZ: *Commentaire*, en «Planification Economique Regionale». O.E.C.E. París, 1961.

(16) Caja de Ahorros Municipal de Vigo: *Memoria del ejercicio de 1961*. Vigo, 1962.

(17) INI: *Resumen sobre finalidades y actuación hasta el 31 de diciembre de 1959*. Madrid, 1960.

(18) JOHN A. PINCUS: *Commentaire*, en «Planification Economique Regionale». O.E.C.E. París, 1961.

(19) RAÚL PREBISCH: *Desarrollo económico y estabilidad monetaria*. «Cuadernos», núm. 53. París, oct. 1961.

(20) ALBERT O. HIRSCHMANN: *La estrategia del desarrollo económico*. F. de C. E. México, D. F., 1961.